

CONCURSO

Anécdotas y relatos

del Municipio d

La herencia

Con mi padre o mi tía abuela, a veces, íbamos de visita a casa del otro tío viejo: el Onkel Hermann, otro de mis viejitos alemanes, que vivía a la vuelta de casa y estaba casado con tía María, una linda señora de ojos negros, pelo entrecano muy lacio y suave, que de joven brilló negro como el ala de un cuervo. Ellos hacía mucho que estaban juntos, tantos, que a mis seis años no me podía imaginar qué tan viejos eran. Me gustaba la casa de ellos, que era enorme y extraña, y quedaba en Francisco Goyén casi Elba, a una cuadra corta del arroyo Miguelete.

Detrás del muro de hormigón y madera que la separaban de la vereda, estaban los parrales y los jardines de grandes plantas con sus grandes hojas y muchas flores como las hortensias, donde podía esconderme dentro de ellas y ver cómo el sol se metía entre sus hojas. Íbamos al fondo, al galpón, donde el Onkel contaba historias fabulosas, mientras comíamos maní de la cocina económica a leña, y las palomas jugaban en las ventanas, y de allí se veía el fondo, a donde tenía permiso de ir y pasear por los caminitos de hormigón, que rodeaban morroneras y tomateras, y lavanda, romero, perejil, cebollas, ajos, mezclados con los taquitos de reina, las dalias, fresias, caléndulas. Todo según las estaciones, con sus distintos verdes claros u oscuros, rojos, azules, blancos, amarillos; acompañados de zumbidos de abejas, matarañas, moscas, trinos de pájaros y el croar de sapos y ranas.

La casa estaba frente a esos mundos maravillosos. Era una gran casa, muy alta, con una gran escalera al frente y otra atrás. Yo entraba por la de atrás a un gran salón, el del reloj de péndulo, al lado de la cocina, el comedor y puertas hacia las distintas habitaciones.

Ese era el reino de tía María. Al entrar te encontrabas con su sonrisa, su pelo largo eternamente atado en su nuca, suave y bello, me gustaba tocarlo y jugar con él mientras conversábamos. Todo brillaba y su cocina olía a creolina, nunca a comida. Su vajilla era fastuosa y yo amaba ver los dibujos de sus teteras y sus fuentes, eran de Europa, muy bonitas sin duda, era todo como de princesas... ¿Las princesas comerían?

En esa cocina todo estaba en exhibición, comida había en el galpón del Onkel Hermann.

Tía María tenía gran respeto y admiración por el antiguo – pues ella decía que no era viejo, era antiguo – reloj de péndulo. Contaba las peripecias que pasaron quienes habían logrado traerlo desde lejanas tierras a la casa. Mi imaginación iba más allá de los cuentos de tía María. Muchas veces me quedé mirándolo fijamente desde distintas partes del salón, quería descubrir el secreto del gran reloj ¿Sería el dueño del tiempo? ¿De todos los tiempos? ¿Qué

CONCURSO

Anécdotas y relatos

del Municipio d

habría visto? Que en vez de tic tac... hacía un gran TacTac grueso, seguro, como queriendo decir más de lo que su vidrio biselado dejaba ver. Su gran péndulo dorado, opaco, de oro no era. Su madera era ébano puro - decían los mayores - ébano puro...elegante, lúgubre, triste. Si yo fuera un reloj no sería como ese, me gustaría más ser como el viejo cucú de casa, el que tiene un pequeño pajarito y sale cada media hora, siempre y cuando nos acordemos de subirle las pesas con forma de piña de abeto o cedro, o una de esas coníferas que dicen los mayores, para mi todas parecen arbolitos de navidad. Si, sería un reloj cucú, que también son de madera pero mucho más chiquitos y divertidos, con hojas y pájaros y pesas de piñas.

El gran reloj TacTac...TacTac... se hacía dueño del espacio y la casa. Llegué a pensar que era el corazón de la misma, que todo existía en ella, hasta tía María, porque él seguía con su decidido e interminable TacTac... Ensimismada en el funcionamiento del refinado dueño absoluto de las horas de ese universo, sentí la cálida mano de tía María sobre mi hombro y escuché sus palabras: "Si tanto te gusta el reloj, cuando muera te lo dejaré de herencia". No la entendí muy bien, pero la abracé y quedamos juntas mirando el reloj mientras en la ventana redonda más alta de la casa, se metían los últimos rayos del sol y vimos jugar a las motitas de polvo que viven en todas las casas, en todos los espacios con relojes dueños o con relojes cucú. Y en silencio quedamos frente al gigante y la luz del sol que dibujaba lentamente su luz sobre alfombras y sillones aterciopelados y olores a creolina, hasta que papá vino a buscarme y nos fuimos de la mano a casa.

La última visita que les hicimos, fue a mis siete años, nos mudábamos de barrio. No querían que nos fuéramos. Yo tampoco me quería ir, pero quedarme sin mamá y papá, separarme de mi hermana, nunca, donde fuera uno iría el otro. Ese día tía María me repitió su deseo de dejarme su herencia. Tomé sus manos y le expliqué que no necesitaba al gran reloj, él estaba muy bien en su casa que era como un palacio, y a dónde nos mudábamos era a un apartamento, no entraría allí. Le dije que ella tenía un tesoro mayor, el rayo de sol de la ventana redonda, la de cerca del techo, con sus motitas de polvo y sus dorados; que yo tenía en casa, un rayo más grande que entraba todas las mañanas y jugaba sobre mi cama. Las dos teníamos al sol y donde iría también había ventanas y banderolas y rayos de sol y motitas de polvo que era lo más valioso de nuestras casas y que nos iban a acompañar siempre. No volví a ver al Onkel Hermann ni a tía María, ni al gigante de ébano, tan dueño del tiempo que ni siquiera hacía tic, tac. Pero en todas las casas que habité tuve y tengo mi rayo de sol.

Virginia Bintz Wachsmuth